

## CAPÍTULO XXII

### POLITOLOGÍA DE LA SOCIEDAD MUNDIAL

1. Estudio de la sociedad mundial . . . . .	281
2. Estructura y funcionamiento de la sociedad mundial . . . . .	284
3. La sociedad mundial como totalidad . . . . .	287
4. La sociedad mundial es la más compleja de las organizaciones humanas . . . . .	290
5. El realismo crítico ante la sociedad mundial . . . . .	291
6. La sociedad mundial a la luz de los valores . . . . .	294
7. La ONU no puede ser considerada como la expresión de la sociedad mundial . . . . .	296
8. Las constantes históricas y la libertad en la sociedad mundial . . . . .	297
9. Sistema de interacciones en la sociedad mundial . . . . .	299
10. Los intereses nacionales en el contexto de la sociedad mundial . . . . .	302
11. Potencias interactivas en la sociedad mundial . . . . .	304
12. Desarrollo solidario de la sociedad mundial . . . . .	306
13. Hacia una nueva política del amor en la sociedad mundial . . . . .	308

## CAPÍTULO XXII

### POLITOLOGÍA DE LA SOCIEDAD MUNDIAL

**SUMARIO:** 1. *Estudio de la sociedad mundial.* 2. *Estructura y funcionamiento de la sociedad mundial.* 3. *La sociedad mundial como totalidad.* 4. *La sociedad mundial es la más compleja de las organizaciones humanas.* 5. *El realismo crítico ante la sociedad mundial.* 6. *La sociedad mundial a la luz de los valores.* 7. *La ONU no puede ser considerada como la expresión de la sociedad mundial.* 8. *Las constantes históricas y la libertad en la sociedad mundial.* 9. *Sistema de interacciones en la sociedad mundial.* 10. *Los intereses nacionales en el contexto de la sociedad mundial.* 11. *Potencias interactivas en la sociedad mundial.* 12. *Desarrollo solidario de la sociedad mundial.* 13. *Hacia una nueva política del amor en la sociedad mundial.*

#### 1. *Estudio de la sociedad mundial*

Estudiar la sociedad mundial es estudiar al hombre en su dimensión de relación ecuménica. El enfoque empírico empieza por observar y describir antes de analizar y teorizar. No basta la historia de la diplomacia, las políticas de gobiernos y la acción de los embajadores y de los hombres de Estado. Es preciso servirse de aproximaciones interdisciplinarias a la conducta de la sociedad mundial y de modelos analíticos. Además de ser ciudadanos de nuestros respectivos países somos ciudadanos del mundo. Nuestras decisiones contribuyen, en alguna manera, a forjar la paz o a lanzarnos a la guerra, al desarrollo económico o al estancamiento, al progreso en el establecimiento de los derechos humanos o a la opresión, al desarrollo de buenas relaciones internacionales o a la guerra fría. ¿Por qué todos estos asuntos de primordial importancia han de estar fuera de nuestra competencia? ¿Acaso los pueblos deben ser excluidos de la política exterior? ¿No sería conveniente establecer en nuestro sistema educativo el estudio de la sociedad mundial, tal como estudiamos el lenguaje, las matemáticas y las ciencias naturales?

Ingresamos a organizaciones y sociedades, porque buscamos remediar nuestra insuficiencia radical, nuestro desamparo ontológico. El hombre es un *animal insecurem*, por eso busca seguridad, armonía social, libertades de muchas clases, plenitud subsistencial. Los individuos y los grupos buscan controlar el contorno, ajustarse a él o cambiarlo. La interacción entre un sistema sociopolítico y el entorno es evidente, aunque a veces se ignore. En un libro innovador en muchos aspectos —aunque inaceptable en su orientación relativista, hiperfactualista, casuista y empiricista—, el doctor John W. Burton, profesor en “The University College London”, ha definido la sociedad mundial en términos de conducta: “*The study of world society is the study of the total environment in which the behaviour of individuals, groups, nations and states occurs.*”<sup>143</sup> Quiérese indicar que la conducta social y política de otros es el medio ambiente social y político de cada sistema. La conducta de una parte de la sociedad afecta la conducta de los otros. Los valores, simpatías y hostilidades de la gente de un lugar son transmitidas rapidísimamente a todas las sociedades y a la sociedad mundial. Necesitamos estar informados, cualquiera que sea nuestra ocupación, cómo podemos influir en el medio ambiente y cómo somos afectados por él. Necesitamos conocer los cambios que ocurren en el crecimiento de la población, en las nuevas tecnologías, en los sucesos políticos, económicos y sociales, para anticiparnos a los acontecimientos y planear nuestras vidas individual y colectivamente. Para eso requerimos patrones de conducta, panorama de la sociedad mundial y estudio de normas o pautas de acción.

¿Cómo determinar normas de conducta sobre una base universal? No todas las costumbres son éticas ni todos los imperativos éticos se tornan costumbres. La imposición de normas éticas no proviene de convencionalismos étnicos, ni de tradiciones antiguas, ni de intereses especiales protegidos por leyes. Para que una norma de conducta sea universal debe tener una validez intrínseca en la sociedad mundial. Un conocimiento de la sociedad mundial como una totalidad nos ayuda a comprender las partes de ella y a entender las relaciones entre sistemas dentro de un medio ambiente político. Hay una constante interacción entre unidades grupales y medio ambiente. La politología describe y analiza percepciones y respuestas, predice comportamientos políticos observando la conducta de otras unidades políticas en circunstancias similares, usa

<sup>143</sup> Burton, John W., *op. cit.*, *supra* nota 102, p. 4.

el cálculo de probabilidades y busca determinar las reglas de gobierno.

Cuando los grupos están en conflicto se distorsionan recíprocamente las imágenes: el otro es desconfiable, deshonesto, agresivo, irracional, emocionalmente inestable y moralmente inferior. Después del conflicto sobreviene el cambio de la imagen. Las actitudes políticas están culturalmente vinculadas. En el entramado de la sociedad mundial podemos observar patrones universales de moralidad que exigen cumplimiento universal. Los bárbaros y los infieles no son los que tienen diferentes valores, hábitos culturales y creencias religiosas —como escépticamente apunta John W. Burton—, sino los que violan las normas superiores, evidentes del Derecho Natural. No basta decir: *“The only normative approach that can have a moral quality is one that reflects basic and universal patterns of response to the environment.”*<sup>144</sup> Cabría preguntar por qué la normatividad refleja patrones universales y básicos de respuesta al medio ambiente. No vemos por qué se va a imponer tiránicamente silencio a la pregunta sobre qué es lo bueno y qué es lo malo, simplemente porque no está dentro del nivel conductista. Tampoco podemos aceptar una moral para un grupo pequeño y otra moral para la sociedad mundial: *“Morality conceived at a small group level and applied universally will be incompatible with norms of behaviour that arise out of experience at a higher level of social organization.”*<sup>145</sup> Los cambios en el medio ambiente explican muchas cosas, pero no explican todo. Las tendencias en el pensamiento de los politólogos no ocurren simplemente como respuestas al cambio del medio ambiente. Distingamos los cambios que acaecen en la estructura de la sociedad mundial de los cambios que se realizan en la politología. La explosión demográfica, el descubrimiento, la invención, los desarrollos políticos, el progreso en las comunicaciones y el desenvolvimiento de la educación y de la organización social modifican la estructura de la sociedad mundial. El conocimiento y las técnicas de áreas vecinas a la politología —economía, sicología, ingeniería, educación, relaciones internacionales— proveen al politólogo de un instrumento metódico interdisciplinario que le capacita para la innovación y el descubrimiento. Pero mucho antes de esta era interdisciplinaria, los grandes pensadores en filosofía política y relaciones internacionales analizaron los orígenes de la guerra y su calificación en estricta justi-

<sup>144</sup> Burton, John W., *ibid*, p. 9.

<sup>145</sup> *Ibidem*.

cia, el ejercicio del poder político y el modo de cumplir los objetivos de gobierno. A fines del siglo pasado y principios del presente, la atención de los internacionalistas se desplazó de las causas de la guerra hacia los modos institucionales de prevenirla. Surgieron las instituciones interestatales. Las reglas del Derecho Internacional y los procedimientos del Derecho Diplomático se fueron afinando. El afán de poder ínsito en la naturaleza de los hombres y de los Estados, las interpretaciones de los medios de comunicación, las estrategias de las negociaciones, complicaron las relaciones intergrupales en la sociedad mundial. Ante esa complicada trama mundial se empezó a examinar cómo se toman las decisiones, cual es el comportamiento de los miembros de instituciones internacionales, análisis de controversias con intenso uso de documentos, candidatos gubernamentales comprometidos en violentos conflictos interactuantes, técnicas cuantitativas para describir más agudamente la situación internacional y para probar hipótesis. En la década de los 50 emerge la ciencia conductual interdisciplinaria: política, jurídica, económica, sociológica, sicológica... El análisis cuantitativo da a la politología internacional una mayor objetividad y contextura científica. El estudio de la opinión pública, las encuestas, el muestreo, los sistemas generales teóricos para el conocimiento de la conducta interestatal y de la sociedad mundial se han desarrollado notablemente en tres décadas. Volvemos a la interdisciplinaria de los primeros filósofos, sólo que trabajando en equipos y con computadoras. Pero ni los equipos, ni las computadoras han podido sustituir las grandes y penetrantes ideas de los filósofos de garra. Almacénense todos los datos que se quiera, estúdiense las motivaciones de los individuos y de las naciones, úsense las técnicas matemáticas, pero las causas más hondas de los conflictos humanos y la búsqueda del bienestar social y de la plenitud humana sólo las podrá iluminar —en el ámbito de la razón natural— el filósofo. Más allá de la aproximación interdisciplinaria y del método científico está la significación y el sentido de los valores humanos. La revolución posconductista en las relaciones internacionales sólo podrá producir una politosofía.

## *2. Estructura y funcionamiento de la sociedad mundial*

Para conocer la estructura y el funcionamiento de la sociedad mundial requerimos de muchos datos, y no tan sólo de especulaciones. ¿Cuáles son las principales motivaciones de las personas, de

los grupos y de las naciones? ¿Es el poder, la influencia determinante o el *factotum* que controla la sociedad mundial? Suponemos causas de conflicto —falta de salud, educación inadecuada— cuando las personas y los grupos buscan su independencia o su identificación étnica en el destino universal. No tan sólo requerimos investigación científica, necesitamos personas que sepan leer y observar los problemas que plantea la sociedad mundial contemporánea.

Hasta ahora se han venido estudiando, de manera casi exclusiva, las relaciones internacionales, que en rigor debieran denominarse relaciones interestatales. Para el estudio de la sociedad mundial hay cosas más importantes: relaciones religiosas, relaciones lingüísticas, relaciones científicas, relaciones comerciales... Una gran variedad de instituciones no gubernamentales se extiende en todo el planeta ante el asombro de gobernantes que no acaban de comprender un mundo de empresas transnacionales y de tecnología mundial. Lo que actualmente sucede en Polonia no puede comprenderse sin conocer la profunda adhesión del pueblo polaco a su religión católica. Hay vínculos municipales, estatales y supraestatales (Mercado Común Europeo, Organización de la Unidad Africana, Organización de Estados Americanos, Organización de Naciones Unidas), como también hay vínculos de intereses y funciones metageográficos: Organización Mundial de la Salud, FAO, etcétera.

Ciertamente existe el temor de la guerra. Pero también existen presiones de grupos e interacción de personalidades individuales que juegan un importante papel en los destinos de la sociedad mundial, por su indubitable liderazgo. El estudio de los conflictos comunales requiere relacionarse con los conflictos en todos los niveles.

La rápida transportación terrestre, marítima y aérea; los servicios postales y telegráficos; los periódicos; los libros; la radio y la televisión; el turismo y la migración han hecho posible una sociedad mundial que engloba personas de todo el mundo que negocian y se comunican. No todas las personas saben leer y escribir, ni todo habitante del planeta tiene un radio y un televisor. Pero el desarrollo tecnológico y la educación generalizada van acortando brechas y ofreciendo información de lo que sucede en cualquier parte del mundo. Cabe decir que vivimos en una sociedad informada, muy diferente de las sociedades no informadas que nos precedieron. No se trata de una entidad política o administrativa, sino de una sociedad mundial viviente que comprende sociedades menores: Estados, naciones, comunidades locales, empresas, escuelas, familias,

Iglesias, sociedades científicas y políticas. . . Van siendo más, cada día, los que se identifican con la sociedad mundial. La existencia de grupos separados no destruye la sociedad mundial, siempre que los grupos se respeten, cooperen y se integren. El hombre no es una fiera de presa, agresiva por naturaleza. Tampoco un ángel ajeno a los conflictos. La agresividad, más que un instinto, es una respuesta a las circunstancias. Las rivalidades entre los Estados explican una parte de los acontecimientos mundiales. Ya no hay territorios por descubrir y la conciencia actual de la sociedad mundial no tolera anexiones. El pensamiento ideológico, el comercio, la ciencia, los medios masivos de comunicación vinculan con mayor fuerza que las relaciones formales —a meundo insinceras— de gobierno a gobierno. Las transacciones directas de los grupos se desarrollan fuera de las relaciones de gobierno a gobierno. La separación de la política municipal, estatal e internacional es artificial. El conflicto entre el gobierno de Polonia y los obreros sindicalizados interesa no sólo a Rusia y a los Estados Unidos, sino al mundo entero. Para entender la estructura y el funcionamiento de la sociedad mundial es menester estudiar todas las relaciones y no tan sólo las que transcurren de gobierno a gobierno.

Más que mapas geográficos y datos estadísticos, requerimos conocer los comportamientos, las transacciones y los objetivos de los grupos que integran la sociedad mundial. Aún carecemos de un mapa del comportamiento político. Si pudiésemos sobreponer en hojas transparentes los movimientos semanales de los pasajeros de avión, los flujos telegráficos, las relaciones étnicas y lingüísticas, los fenómenos migratorios y todas las otras transacciones, entonces habríamos empezado a construir una imagen de las relaciones que nos ayudaría a explicar la conducta en la sociedad mundial, mucho mejor que con los mapas tradicionales, apunta John W. Burton. Un sistema existe cuando hay relaciones o transacciones entre unidades del mismo juego. Así como hay un sistema de Estados, hay también sistemas entre hombres de negocios, investigadores, trabajadores, estudiantes, estaciones de televisión, radioaficionados, correligionarios, congresistas. . . La totalidad de sistemas no ha sido registrada aún en un mapa del comportamiento mundial. Pero no necesitamos el mapa para saber que los contactos no sólo se dan entre Estados soberanos. Tenemos nuestras propias ideas sobre poblaciones subdesarrolladas, desarrolladas, agresivas, blancas, negras y amarillas; quizá tengamos una vaga idea de cuáles de ellas sean musulmanas, hindúes, cristianas o budistas. Movimientos y comunicaciones, tran-

sacciones y objetivos constituyen un mundo más significativo que el mapa de los continentes, islas y Estados. Las condiciones políticas y sociales son más importantes que las relaciones formales de gobierno a gobierno. Conflictos raciales, ideológicos o religiosos de una nación, atraen simpatías y antipatías internacionales y provocan conflictos interestatales. Los análisis particulares no deben hacernos perder la visión total de las interacciones. Hay sistemas y subsistemas relacionados, en un medio ambiente determinado, con otros sistemas y subsistemas. El regionalismo, como concepto geográfico, es un equívoco. La sociedad mundial comprende Estados y sistemas. Los modelos nos ayudan a acercarnos a las fuerzas y a los problemas básicos de la sociedad mundial. Estamos viviendo, como observa Kelman, en una sociedad transnacional, global; sin que hayan dejado de existir los Estados, añadiríamos por nuestra parte.

### 3. *La sociedad mundial como totalidad*

Descubrimos la sociedad mundial conociendo sus partes integrantes y las relaciones entre esas partes. Es la manera de proceder a la integración, en ausencia de una imagen total. Nadie, hasta ahora, ha podido explorar todas las partes de la sociedad mundial. Y, sin embargo, seguimos tratando de obtener una imagen de la sociedad mundial como totalidad, con las influencias totales que la determinan y con el comportamiento de sus partes. La descripción, aunque imperfecta, se hace posible mediante el método de las hipótesis y los errores corregidos hasta integrar las partes en el todo de la sociedad mundial.

La interdisciplinariedad se impone ineludiblemente en el estudio de la sociedad mundial. Mientras más se investiga en las diferentes áreas de conocimiento sobre la sociedad mundial, más se advierte la necesidad de penetrar en las áreas vecinas. El economista siente el imperativo de ser también sicólogo. El sociólogo advierte la conveniencia de profundizar más en el aspecto antropológico y económico. La antropología filosófica, la economía, la sicología, la antropología social, el Derecho Internacional y la sociología son ejemplos de divisiones de tareas académicas que buscan integrarse, más allá de sus diversos lenguajes, en una teoría general de la sociedad mundial que también está más allá de la competencia de cada especialista. En nuestros días se han desarrollado los estudios interdisciplinarios, cruzando barreras artificiales, pero sin advertir la



necesidad de apoyarse en una base común: la filosofía. Nada serio cabe esperar en los estudios interdisciplinarios de la sociedad mundial si no están sustentados en la metafísica, en la epistemología, en la antropología filosófica y en la axiología, para no citar más que las principales materias básicas sobre las cuales se puede edificar el estudio interdisciplinario de la sociedad mundial. No abundan, por cierto, los investigadores que se pueden acomodar a los puntos de vista de otros investigadores que cultivan otras disciplinas. ¿Cómo estudiar a fondo los problemas del poder, de las comunicaciones, de la toma de decisiones, de los conflictos en la toma de decisiones, de los conflictos en la sociedad mundial, sin la interdisciplinariedad? ¿Y cómo poner en contacto a los científicos que cultivan una parcela de la realidad total, sin una base filosófica?

La historia puede ser reescrita alguna vez en una perspectiva global en lugar de una perspectiva nacional. La orientación moral, en todo caso, nunca podrá ser sustituida por un conductismo sin brújula ética y sin valores que orienten la toma de decisiones. Las conductas de los Estados o de los grupos que son calificadas como “agresivas” o “irracionales” por simples conveniencias nacionalistas, tienen que ser reexaminadas objetivamente a la luz del Derecho Natural.

El conocimiento conceptual de la sociedad mundial comienza con modelos globales que emergen de la experiencia de las partes, de la observación de la conducta contemporánea en todos los niveles y de la historia. Los modelos conceptuales se verifican en la realidad, observando si las predicciones hipotéticas se cumplen en la práctica. La conceptualización nos da la hipótesis y la experiencia nos suministra los medios de verificarla. Si un modelo de sociedad mundial explica mejor el comportamiento de los Estados y de los grupos que otro modelo, podemos concluir que nuestra conceptualización se aproxima más a la realidad.

Las imágenes y los modelos de la sociedad mundial contribuyen, en alguna medida, a la creación de las relaciones internacionales. Si un Estado actúa de acuerdo con cierta imagen y cierto modelo provoca en los otros Estados ciertas respuestas basadas en ese comportamiento originado en un modelo dado; no es que deje de existir la libertad, pero esa libertad de escoger un comportamiento está limitada por las acciones de los otros Estados o grupos. *“The assumption that states are potentially aggressive is one that leads states to adopt defensive measures, alliances and collec-*

*tive security. Other assumption could lead to other behaviour. The question arises, therefore, to what extent is reality merely the logical development of our assumption, and to what extent are our images and models merely the expression of a reality we have created?*”, escribe agudamente el catedrático de relaciones internacionales de la University College London, John W. Burton.<sup>146</sup> Coincidimos en la primera aserción. La presunción asumida en el sentido de que un Estado potencialmente agresivo conduce a otro Estado a adoptar medidas de seguridad, alianzas y sistemas de seguridad colectiva. Otras concepciones actuadas conducen a otros comportamientos en respuesta. Pero esto no significa que la realidad sea un mero desarrollo lógico de nuestras asunciones, ni que nuestras imágenes y modelos tengan que ser la mera expresión de la realidad que hemos creado. La realidad es la realidad independientemente de nuestra visión. Nuestras imágenes y modelos, si verdaderamente pretenden ser científicos, no han de ser una pura realidad imaginada. Un modelo es una simplificación, no una distorsión de la realidad. Lleva nuestra atención hacia aquellos aspectos en los cuales el observador está interesado, sin pretender suplantar toda la riqueza de la realidad simplificada. Trátase de un instrumento de trabajo intelectual, como también lo es la analogía.

El modelo de los Estados soberanos, independientes los unos de los otros, con gobiernos que interactúan sirviéndose de sus diplomáticos, ha periclitado, en gran medida. Es el llamado modelo de la “bola de billar” (*the billiard-ball model*). Este modelo ignora las necesidades y los intereses de individuos y grupos que conducen sus propias transacciones. La interdependencia, el incremento de las unidades económicas, las ideologías transnacionales de los partidos políticos no entran en el viejo modelo de las relaciones de gobierno a gobierno. Tampoco la industria tecnológica y las empresas transnacionales. ¿Y qué decir de los valores —independencia, libertad de expresión, participación en la toma de decisiones— que sustentan los pueblos independientemente de sus gobiernos? Los valores —no hay que olvidarlo— influyen la sociedad mundial y las políticas estatales, en gran medida. Siempre se ha deseado la libertad de expresión y la seguridad en el trabajo para no morir de hambre. Sólo que el esclavo de la antigüedad tenía que callar y ahora existe la oportunidad de exigir el cumplimiento de valores. El modelo del *welfare state* ha tenido inculcables repercusiones en las políticas de los Estados y en la sociedad mundial.

<sup>146</sup> Burton, John W., *ibid*, p. 27.

Gracias a los medios masivos de comunicación el campesino de África sabe que hay personas de otras naciones que tienen más elevados niveles de vida que los de su propio país. Los asiáticos, los africanos y algunos grupos raciales de Estados Unidos —negros, “chicanos”— saben que la no discriminación, la igualdad de oportunidades y la dignidad humana son valores que cabe realizar. Las comunicaciones han puesto en contacto a las personas de todo el mundo. Las posibilidades de todos los seres humanos pueden cumplirse mejor cuando se conocen.

#### *4. La sociedad mundial es la más compleja de las organizaciones humanas*

¿Cómo lograr la objetividad en las percepciones de los problemas de la sociedad mundial? Leemos en los periódicos y escuchamos en la televisión problemas internacionales que involucran a personas, países y líderes políticos. Tendemos a pensarlos más en los términos de las descripciones dadas que en los términos de nuestro conocimiento sobre esas personas y esos países que hemos conocido. Es preciso verificar la información de alguna manera. Ante todo, hay que evitar un tipo de frecuente autoengaño: ver un suceso internacional tal como esperamos verlo. No suelen gustarnos los cambios. Nuevas perspectivas y conductas diferentes de pueblos que vemos a través de un estereotipo, nos molestan un tanto. El conocimiento de la sociedad mundial, dentro de un realismo crítico, tiene que realizarse luchando contra los prejuicios, contra el vocabulario impreciso, contra imágenes de espejo. La palabra “poder”, por ejemplo, es bastante ambigua. Puede significar influencia de un Estado hacia otro por presiones económicas o diplomáticas. Pero puede querer decir, también, el uso de la fuerza militar. ¿Cómo medir el poderío militar de un Estado? ¿Vamos a sumar los aviones a los barcos de guerra, más el número de soldados, la fuerza económica, el volumen de intercambio comercial y la habilidad para argumentar ante el foro de la ONU? John W. Burton se pregunta si el Frente de Liberación Nacional en Vietnam fue más o fue menos poderoso que los Estados Unidos. La palabra conflicto significa violencia, a veces; en otras ocasiones se emplea para disyuntivas en el uso de recursos, o para designar una competencia. Vocablos como “no alineados”, neutralismo, neutralidad, agresión, intervención, nación, requieren ser clarificados en “definiciones operacionales”, al menos, si es que se rehúye la definición

esencial. Falsas percepciones, falsas imágenes y pensamiento vago pueden crear situaciones conflictivas. La teoría del “equilibrio del poder” hace pensar a un Estado en balance favorable. Hay que estar en una situación más fuerte que la del presunto enemigo. Cada Estado piensa que no es agresivo, pero que necesita incrementar sus defensas para restaurar el equilibrio. El presunto enemigo piensa y hace lo mismo. En corto tiempo se ha establecido una carrera armamentista. Algo semejante pasa con el concepto de agresividad. Americanos y rusos, árabes e israelíes, hindúes y paquistanos, irlandeses del norte e irlandeses del sur se ven con hostilidad y desconfianza. Pocos son los que reaccionan contra los estereotipos.

Los Estados del mundo contemporáneo quieren sentirse libres de reglas extranjeras y de yugos de cualquier clase. Se lucha en todas partes y en todas formas por la identidad grupal y por la participación en las decisiones que puedan afectar a los individuos; por la igualdad de oportunidades y por la dignidad de la nación. La sociedad mundial es la más compleja de las organizaciones humanas. Para conocerla bien tendríamos que conocer su nivel de educación, su grado de temor y de coacción, sus instituciones políticas de control de la conducta y la naturaleza de los *mass media*. Si es difícil predecir el comportamiento de los individuos que nosotros conocemos bien, más difícil aún será predecir el comportamiento de los Estados. Prejuicios, falsas informaciones, percepciones distorsionadas, falta de datos, dificultan el estudio sereno y objetivo de la sociedad mundial. Pero dificultad no quiere decir imposibilidad.

Hay quienes tienen modelos de la sociedad mundial unidimensionales: relaciones basadas en el poder, o en el Derecho, o en otras influencias. Las imágenes y los modelos influyen a las personas. Lo que se describe como lo que es, se convierte en lo que se debe hacer. Es función de la politología de la sociedad mundial confrontar con la roca viva de la realidad todos los modelos y las imágenes que dejan sentir su influjo en las personas.

##### 5. *El realismo crítico ante la sociedad mundial*

¿Cuál es el punto de partida en el análisis de la sociedad mundial? ¿Cómo decidirse entre el estudio de las relaciones históricas, geográficas y comerciales de las potencias particulares y de las instituciones internacionales o de los sistemas? Ante todo, las rela-

ciones sociales —amistad, cooperación, hostilidad, envidia, cólera, agresividad— son actitudes percibidas por individuos y grupos. John W. Burton piensa que las relaciones entre naciones y Estados tienen un carácter subjetivo. Se imagina que es imposible saber cómo son en verdad esas relaciones. Lo único que a su juicio cabe saber es cómo aparecen a las personas y a los grupos respectivos. Los juicios de los Estados más poderosos tienden a ser aceptados, no por su experiencia o sabiduría, sino por el influjo de su poder. Discrepo de la opinión del tratadista inglés. Las relaciones entre naciones y Estados no son sólo subjetivas e incognoscibles. Ciertamente puede haber, en esas relaciones, mucho de subjetivo; pero no todo es subjetivo. Indudablemente resulta difícil conocer cómo son en verdad esas relaciones, pero dificultad no significa imposibilidad. Cabe conocer las relaciones internacionales asumiendo la posición epistemológica del realismo crítico.

Antes de la verdad sobre la sociedad mundial está la verdadera sociedad mundial. Antes de la adecuación del juicio y de lo real interestatal se da la adecuación vivida del entendimiento mismo con la realidad de las relaciones interestatales. La percepción de una sociedad mundial que me es dada en sí misma —y no primariamente en orden a mí mismo— está antes que cualquier interpretación. El ser de los entes es la condición del conocer de los mismos. No veo razón alguna para suponer *a priori* que mi pensamiento es condición de la sociedad mundial.

Vayamos a la sociedad mundial misma —*zu den Sachen selbst*— y dejémonos de prejuicios y de falsas interpretaciones. ¿Son agresivas las naciones o actúan agresivamente porque las otras naciones creen que son agresivas? Habrá casos —los ha habido— en que las naciones atacan para adquirir nuevas porciones de territorio y fuentes de materias primas y alimentos. Pero no todo se reduce a lucha por el espacio vital. Ya no quedan espacios por conquistar. Sin embargo, el poder de los Estados se utiliza en la actualidad para mantener y acrecentar “esferas de influencia”. Estados Unidos y Rusia en particular, están ansiosos de mantener áreas de seguridad, de preservar y expandir sus intereses mercantiles y culturales. El “refrenamiento nuclear” (*nuclear deterrence*) previene o modera —por lo menos— a las grandes potencias, en materia de conflictos bélicos. Rusia teme que Estados Unidos pueda emplear las bombas atómicas en una guerra, y a la inversa, Estados Unidos sabe que Rusia podría emplear en su contra el poderío nuclear. Los países de África, América Latina y Asia, torpemente llamados del

“tercer mundo”, se expanden y dejan sentir su influencia creciente en conferencias internacionales. Empiezan por hacer más y más demandas de igualdad de trato en oportunidades de intercambio mercantil y de abolición de prácticas discriminatorias. El surgimiento del *welfare state* se antoja a los pueblos pobres. Se insiste en una distribución más justa de recursos naturales y de oportunidades. Se pide prelación para las necesidades materiales y culturales, aunque sea a costa del presupuesto de defensa militar. La comunicación universal permite a las gentes de todas partes saber lo que los otros están pensando y realizando. Se esparcen nuevas expectativas y se difunden valores. Hay una demanda universal del derecho de tomar parte en las decisiones locales, nacionales e internacionales. Minorías nacionales luchan por su independencia. Las mujeres se organizan para exigir el derecho de voto y el derecho de igualdad de oportunidades. Los estudiantes piden ser consultados en materias que les afectan. Los Estados pequeños y los Estados en vías de desarrollo quieren participar en la toma de decisiones financieras y comerciales que determinan su bienestar. Mientras los que forjaron la Carta de las Naciones Unidas, en 1945, ponían gran énfasis en la seguridad, y en el Consejo de Seguridad, hoy en día interesan mucho más los derechos humanos y el trabajo de la Asamblea y del Consejo Económico y Social. Este cuadro descriptivo que puede trazar cualquier estudioso de la sociedad mundial, nos convence de que los problemas están ahí, sin que se les invente fantasmagóricamente.

No todo es cuestión de conductas estatales referidas al poder estatal dominante. Hay problemas de discriminación racial, subdesarrollo, desigualdad en los impuestos, seguridad en las condiciones de comunicación y transporte. Concedemos gran valor a la educación, cultura e independencia, y al derecho de ser nosotros mismos y de desarrollarnos. Sólo los diplomáticos y los políticos encargados de las relaciones exteriores, de viejo corte, siguen pensando en términos de poder, y presumen invariablemente que los otros Estados son agresivos. Los viejos moldes se han perpetuado. Se presume la adquisición de más territorio y la competencia por los recursos naturales. Cada nación trata de defenderse. Esta defensa aparece a los otros como preparación para una agresión. Los políticos y los diplomáticos anacrónicos tratan de justificar su pensamiento de que cada Estado es un agresor en potencia. Se piensa que la agresividad es fatal e inevitable, como si fuera un instinto. Lo cierto es que la agresividad sólo existe cuando es provocada en

ciertas circunstancias. Las motivaciones de los Estados y de los grupos son muy complejas. Las decisiones de los estadistas están poniendo una determinada visión —verdadera o errónea— de la sociedad mundial. Las pautas de política exterior tratan de tender un puente entre la percepción y la realidad, para evitar las consecuencias de la propia derrota política. El esfuerzo por la objetividad es patente.

## 6. *La sociedad mundial a la luz de los valores*

En el intercambio de relaciones entre Estados y grupos de poder se dan, fundamentalmente, dos tipos:

1. Mutuos temores estimulados por percepciones de hostilidad y por respuestas defensivas escalonadas y frustrantes.
2. Aspectos de integración y de cooperación, con los cuales se enriquecen los grupos, sin perder necesariamente la independencia.

¿Habrá intereses comunes y universales, más allá de los intereses nacionales? ¿Podrá justificarse la concepción de la sociedad mundial como una unidad?

A primera vista parecen incompatibles la seguridad y la prosperidad de un Estado con la seguridad y la prosperidad de otro Estado. Hay quienes piensan que la seguridad y la prosperidad de un Estado significa la inseguridad y la pobreza de otro Estado. Tal era el caso de Luis XIV cuando pensaba —errónea e inicua— que el trono de Francia sólo podría prosperar hundiendo a España. El Rey Sol —que tanto ensombreció la vida de Europa— estaba ciego para los valores universales y comunes. No pudo o no quiso comprender que si Francia y España apreciaran recíprocamente sus respectivas motivaciones de seguridad y de prosperidad, habría un resultado favorable y no conflictivo. ¿Por qué no pensar en que personas de todas las razas y credos tienen objetivos similares y valores en común? ¿Acaso no se logran mejor esos valores en común y esos objetivos similares por medio de la colaboración? Los valores de las instituciones y de los Estados sobrepasan y obnubilan la sencilla y humana colaboración de tantas personas que estarían dispuestas en un mundo mejor. No olvidemos, jamás, que el estudio de las relaciones internacionales y de la sociedad mundial es el estudio del hombre. Estamos ante un magno capítulo de la antropología filosófica considerada en su cabal dimensión individual y social.

Puede considerarse el papel de los sujetos en las relaciones que se realizan dentro de la sociedad mundial; los sujetos mismos; los procesos en las decisiones para distribuir los escasos recursos... Pero nada habríamos comprendido si no pensásemos en la satisfacción de los valores perseguidos. Porque todo el complejo de relaciones estatales, interestatales, grupales existen para el hombre. Son los supremos valores del hombre los que justifican, en última instancia, los objetivos y las preferencias que guían el comportamiento de la sociedad mundial. Las alteraciones estructurales de la sociedad interestatal se comprenden tan sólo a la luz de valores específicos: igualdad de oportunidades, seguridad, identidad étnica, participación en la toma de decisiones... ¿Cómo explicar que algunos hombres se queman a sí mismos y se inscriban en batallas perdidas, si no recurrimos a los valores sico-sociales que se absolutizan en mentes fanáticas? No faltan empiristas anglosajones que sostienen la existencia de las respuestas filosóficas —aunque se sustenten en una filosofía miserablemente anémica—, para refugiarse en un casuismo hiperfactualista y monádico. Los valores que existen en situaciones particulares no dependen de las valoraciones de personas de relieve ni de circunstancias relevantes. La grandes personalidades que construyen comunidades y que ayudan en el establecimiento de instituciones, no inventan valores; los descubren, los acatan y los reflejan en las legítimas instituciones.

Una pléyade de valores orienta la vida de cada grupo, de cada nación, de cada época y de la sociedad mundial. La verdadera política —nacional e internacional— resulta ininteligible sin los valores de la seguridad, del bienestar, de la dignidad, de la libertad, del bien común. No podemos confinar el estudio de las relaciones internacionales a las relaciones formales entre diplomáticos o gobernantes. La separación de la política internacional de la politología y de la politosofía resulta contraproducente. La teoría del equilibrio del poder fue una explicación de la sociedad mundial, en un tiempo determinado, a la luz de cierta politología errónea. Y toda politología comprende un ingrediente axiológico, aunque no lo tenga tematizado. La politosofía de la sociedad mundial comprende y promueve su objetivo de estudio a la luz de los supremos valores de la comunidad internacional: verdad, bien, belleza, justicia, seguridad, bien común... Sin estos valores no cabría hablar de sociedad sino de disociedad mundial. Sin estos valores no se podría vivir la unidad moral del género humano.



## 7. *La ONU no puede ser considerada como la expresión de la sociedad mundial*

Las motivaciones y los objetivos, en las tomas de decisiones de las autoridades estatales, deben situarse en la más amplia perspectiva de la sociedad mundial.

Hay una tendencia periodística a aproximarse al proceso de tomas de decisiones por medio de un simple *record* de eventos. Dejemos a los periodistas que se ocupen de las noticias, pero no les pidamos que hagan ciencia política de la sociedad mundial.

Las decisiones tomadas por las autoridades son decisiones formales, con implicaciones contractuales y políticas. Una decisión tomada ahora supone decisiones pasadas tomadas por otros líderes políticos varios años antes. Estas decisiones previas limitan la latitud de la toma de decisiones para cualquier tiempo subsecuente. El autor formal de las decisiones es el Presidente de la República; el autor real de la decisión es un largo y complicado proceso.

La Asamblea General de las Naciones Unidas no puede ser considerada como la expresión de la sociedad mundial, sino como la expresión de las políticas estatales que llegan a un cierto punto como resultado de la presión de ciertos Estados. La sociedad mundial podría ser contemplada como el producto final de la toma de decisión por las autoridades estatales, sólo en el caso de que todas las autoridades estatales estuviesen en posibilidad de ejercer el control de la conducta de sus ciudadanos y de todas las transacciones y eslabones que cortan las fronteras estatales. Ésta es la tradicional y absurda visión empleada en el estudio de las relaciones internacionales. Hay en ella un énfasis indebido del papel de los Estados, de la personalidad de los líderes, de las instituciones estatales y de las decisiones formales en el nivel estatal. Una institución internacional que comprenda gobiernos no refleja los intereses de la sociedad mundial. "*The United Nations is in some respects a closed club of State authorities seeking to preserve themselves, even, if necessary, against the interest of many people*, ha apuntado sarcásticamente John W. Burton."<sup>147</sup> Aunque unificásemos los Estados, subsistirían las diferencias ideológicas, culturales, raciales, religiosas, económicas e institucionales. Los tradicionales temores de agresión de los otros llevarían una vez más al fracaso de las auto-defensas estratégicas. Habría límites efectivos en la integración

<sup>147</sup> Burton, John W., *ibid*, p. 117.

interestatal. Dentro de estos límites cabría la cooperación y la integración sobre una base funcional. ¿Acaso no existen actualmente importantes servicios proporcionados por instituciones internacionales? Pero no hay que hacernos demasiadas ilusiones respecto a la cooperación funcional —salud, comunicaciones, etcétera—, porque llegará el momento de enfrentarse al problema de los valores en conflicto: ideologías que deben promoverse, lenguajes que deben emplearse, instituciones que deben desarrollarse. Habría que pensar no sólo en términos funcionalistas, sino en administraciones descentralizadas con Estados, combinadas con una creciente centralización de la sociedad mundial en materia de acuerdos universales y procedimientos comunes para hacerlos valer. La sociedad mundial se integrará en la medida en que se trabaje sobre valores universalmente aceptados y vividos: diálogo, tolerancia, colaboración, solidaridad humana. Los hombres pueden ser leales a las instituciones internacionales sin dejar de ser leales a sus autoridades locales. La *Commonwealth* británica y el Mercado Común Europeo son ejemplos de lealtades transnacionales que no afectan las lealtades nacionales. Más allá del funcionalismo internacional están los valores y objetivos de las gentes. Casos habrá en los cuales las autoridades satisfagan con mayor eficiencia las necesidades que impliquen diferencias culturales. Pero no veo la razón para que las necesidades universales, de naturaleza universal, no sean satisfechas por la sociedad mundial.

#### 8. *Las constantes históricas y la libertad en la sociedad mundial*

Algunos autores arguyen que es imposible tener una ciencia de la conducta en el nivel de la sociedad mundial, porque piensan que la conducta política no siempre es racional. Y si no es racional resulta impredecible. Y si resulta impredecible no hay base para establecer regularidades fenoménicas.

Si supiéramos cuáles son los valores que inspiran la conducta humana en la sociedad mundial, el papel de la propia conducta y de la toma de decisiones, estaríamos probablemente en aptitud de predecir la conducta confiable. Todo sería racional. En el núcleo de la argumentación del determinismo aparece una regularidad inviolable, mecánica, predeterminada.

El irracionalismo y el determinismo son posiciones que simplifican la realidad y se apartan de ella. La libertad humana de escoger se da siempre, aunque pueda hablarse de constantes históricas. La

sociedad mundial se apoya en la estructura unitaria del hombre, de las comunidades y de la raza. Su comprensión cabal estriba no en el reino de la causalidad sino en el de la teleología. Ingredientes del comportamiento en la sociedad mundial son sin duda alguna: 1. Las tres tendencias primitivas y elementales del hombre: *a)* el apetito de dominación; *b)* el apetito de goce; *c)* el apetito de posesión. 2. La actuación espontánea de los grandes líderes políticos que con su singular personalidad provocan grandes o pequeñas revoluciones. 3. La proyección temporal del cosmos con un esfuerzo profundo que efectúa la naturaleza humana para alcanzar su fin social feliz. 4. Dirección suprema de la providencia y ejecución de los temibles juicios de Dios según las reglas de su infalible justicia.

La sociedad mundial de ayer, de hoy y de siempre presenta esas cuatro grandes constantes históricas, sin mengua de la libertad de todos y cada uno de los hombres.

Algunas conductas que se califican como irracionales, no lo son. Cuando India rehusó aceptar el trigo norteamericano, pudo parecer irracional el gesto de los hindúes. En realidad, ellos supieron muy bien lo que hacían. Las ganancias del obsequio eran menos que la pérdida de la independencia en la acción política. Lo que parecía ser irracional fue racional. Los ejemplos abundan. No todo lo racional coincide con los intereses nacionales. Algunas autoridades obran para preservar los intereses personales o de grupo contra el bien público internacional. Esta conducta no es irracional, pero sí es perversa.

Los líderes políticos mundiales están sujetos a una gran variedad de presiones y consejos. Tienen que aceptar algunas influencias, aunque no estén de acuerdo con ellas. Los procesos políticos y las presiones coercionan a aceptar ciertos roles y pautas de conducta. Muchos hombres empiezan por trabajar juntos en materias técnicas, ocupacionales y funcionales. Se entienden primero en un nivel y luego tienden a comprenderse mutuamente en otros niveles. Después de la segunda guerra, el funcionalismo ha ido creciendo en importancia. Salud, agricultura, aviación civil, telecomunicaciones, trabajo, relaciones culturales, para nombrar unas cuantas actividades, han sido cubiertas por la ONU. Autoridades estatales que son hostiles entre sí tienen representantes que cooperan estrechamente, en organismos internacionales, sobre bases técnicas. Los funcionalistas piensan ingenuamente que estas formas de cooperación técnica van a generalizarse en todos los tipos de relación. Ignoran

que las decisiones políticas no pueden ser suplidas por las relaciones técnicas.

Autoridades legales por su origen pueden no legitimarse ante sus pueblos cuando actúan contra el bien común. Mientras más estable es una sociedad, más difícil resulta que se acomode a los cambios. Las autoridades carismáticas suscitan natural acatamiento, llevan al pueblo por senderos nuevos —antitradicionales, algunas veces— y establecen nuevas estructuras sociales. Terribles errores pueden ser cometidos por estas autoridades cuando no oyen consejo y actúan imprudentemente. Adolfo Hitler puede servirnos de ejemplo. ¿Habremos aprendido la lección?

### 9. Sistema de interacciones en la sociedad mundial

No podemos desconocer la proclividad al mal en la naturaleza humana. Tampoco la tendencia competitiva de los Estados. Pero eso no implica que los conflictos —cada uno en particular— sean inevitables. La política internacional de los Estados ha sido, hasta ahora, agresiva y competitiva en extremo. Eso es lo que se puede decir. Ir más allá de este hecho histórico, para afirmar que las autoderrotas de la política interestatal son inevitables e imprevisibles, es caer en un irracionalismo pesimista.

El sistema de interacciones de una sociedad mundial es realizado a través de funciones diferenciadas de sus partes constitutivas. Trátase de un sistema cultural que integra talentos y vocaciones dentro de un plan cooperativo. La interdependencia en la satisfacción de necesidades sustituye al conflicto de los Estados competitivos. Las energías productivas encuentran cauce en una paz dinámica y edificante. No hablo de utopías. Wilhelm Dilthey, quien poseía un agudo y vivo sentido de las posibilidades históricas, pudo entrever una sociedad mundial —aunque no usara estas palabras— como la que postulamos. En su libro *Pattern and Meaning in History —Thoughts on History and Society*, editado en Estados Unidos, Dilthey observa: “every cultural system which achieves something realizes a common value for all those who concern themselves with that activity. What the individual needs, and yet can never realize, he receives through the productive activity of the community —a jointly created comprehensive value, in which he can participate. The individual needs his life, his property, his family connections to be secure; but it is only the independent power of the community that satis-

*fies his needs by maintaining enforceable rules of co-existence which make the protection of these goods possible... The parts of such a system of interactions acquire significance through their relation to the whole which sustains values and purposes.”*<sup>148</sup>

Para que cada sistema cultural se beneficie con las realizaciones importantes de los otros es preciso que los países altamente industrializados se sientan obligados a transferir tecnología. Para que los derechos humanos estén debidamente protegidos requerimos reglas de coexistencia garantizadas a nivel mundial. Para que las partes de un sistema de interacciones funcione adecuadamente y adquiera significación respecto a la totalidad que sostiene valores y propósitos, es necesario pensar en términos de la sociedad mundial. ¿Cómo tornar operativa esta sociedad mundial que existe virtualmente en nuestro planeta?

Contra lo que piensa Pierre Virion, me parece que no está prevista la repartición del planeta y que no marchamos hacia un gobierno mundial: *“Un gouvernement mondial suppose una organisation appropriée de la planète, la répartition de celle-ci en zones géopolitiques et économiques, c’est-à-dire en grands ensembles subordonnés au Gouvernement universel.*

*Cette répartition à été prévue. Il est nécessaire de la connaître comme base d’appréciation de la politique internationale actuelle. Nous ne dissons pas, certes, qu’elle constitue, au moins à l’heure présente, la règle rigide de tous les mouvements diplomatiques, révolutionnaires ou belliqueux mis chaque jour sous nos yeux ce qu’on appelle euphémiquement ‘le sens de l’histoire’. Ce sont la seulement efforts de gestation laborieuse qui laissent cependant a l’observateur averti le sentiment bien fondé d’une réalisation progressive du plan préconçu.”*<sup>149</sup> La idea nacional no tiene más que un valor de oportunidad, para los grandes iniciados o para la alta finanza. Las pruebas que aduce el autor francés me parecen sumamente débiles. Una declaración de Grant, en 1872, y otra declaración de Roosevelt, en 1941, le mueven a pensar que los Estados Unidos están preparando ese gobierno mundial. Grant, en 1872, dijo: “Nuestra gran República está destinada a servir de guía a todas las otras.” Roosevelt, en 1941, apuntó: “Nosotros debemos ser el gran arsenal de la democracia: para nosotros es un problema

<sup>148</sup> Dilthey, Wilhelm, *Pattern and Meaning in History: Thoughts on History and Society*, New York, Harper & Row, Publishers, p. 148.

<sup>149</sup> Virion, Pierre, *Bientôt un gouvernement mondial*; 5e. édition, Paris, Editions Saint-Michel, 1967, p. 97.

tan urgente como la guerra misma.” En primer lugar, cabe advertir que la afirmación de Roosevelt no es una reafirmación de la afirmación de Grant, como piensa Pierre Virion. En segundo lugar debemos observar que frases de este tipo han sido pronunciadas en diversos países y a lo largo de varios siglos. Ni la proposición americana para realizar una federación de grandes democracias, ni el pacto sinárquico francés, ni las ideas de Saint-Yves D’Alveydre en torno a la Europa federalista nos autorizan a pensar en el próximo advenimiento de un gobierno mundial.

Establecer las condiciones para garantizar la paz no es conformarse con la ausencia de la guerra. Los conflictos bien encauzados pueden resultar creativos, siempre que se conviertan en medios por los cuales nuestros valores sociales de bienestar, seguridad, justicia y desarrollo personal puedan ser realizados. Hay conflictos entre individuos y sociedad, entre privilegiados y marginados, entre directores y dirigidos, entre ideólogos que sustentan diversas cosmovisiones. Estos conflictos son un desafío para autoridades e instituciones. Manejar los conflictos no es eliminarlos. Tampoco es un deporte. Habría que hablar, más bien, del arte de aprovechar los conflictos que tienen valor funcional, evitando destrucciones de intereses sociales y de valores personales. La ley y el orden, con ser muy importantes, no son los últimos objetivos. La satisfacción de las partes, dentro de la justicia, aunque necesaria, no constituye la meta. El bien común aportado a la sociedad mundial, por naciones y grupos, se traduce en bien común distribuido. Para lograr este fin requerimos el concurso de las ciencias naturales, de la psicología, de la economía, de la política y de las ciencias administrativas. La interdisciplinariedad es la común base teórica de las interacciones en la sociedad mundial. Muchos objetivos que están en conflicto pueden cambiar. Los objetivos envuelven preferencias. Las preferencias suponen valores. Los valores pueden tener un mayor o un menor grado jerárquico. Pero la naturaleza humana tiene una estructura permanente. Y la sociedad mundial descansa sobre la estructura permanente del hombre.

Podemos entender la sociedad mundial sin el sistema de relaciones interestatales que priva actualmente. Pero no podemos entender la sociedad mundial sin conductas humanas y sin estructura ontológica permanente del hombre y de la sociedad. Sólo sobre este fundamento podemos comprender y encauzar un sistema de interacciones. Posiblemente nunca tendremos una perfecta traducción jurídica de la sociedad mundial, pero siempre habrá un sistema de

interacciones individuales y grupales que sólo cobra sentido cuando lo relacionamos con el conjunto organizado de las condiciones mundiales, gracias al cual las personas humanas de todos los pueblos podrán cumplir su destino natural y espiritual.

#### 10. *Los intereses nacionales en el contexto de la sociedad mundial*

Vivimos aún en la convicción de que la sociedad mundial es esencialmente un sistema de Estados. No estoy seguro de que esta convicción perdure. El papel de las autoridades estatales, como el de los dirigentes tribales, es defensivo —las más de las veces— e integrativo con respecto al entorno donde la unidad política existe. ¿Qué es lo que han hecho y lo que hacen las autoridades estatales en materia de política exterior? Si observamos los hechos, la respuesta no se deja esperar. Los Estados se defienden de las influencias extranjeras, se protegen contra la competencia exterior y tratan de preservar su cultura nacional y sus instituciones. Internamente, los Estados protegen las industrias amenazadas por alteraciones en las condiciones del mercado y por las nuevas tecnologías preservan las instituciones socio-políticas y las tradiciones, guarecen los intereses de los grupos de interés —cultural, religioso o industrial— que han venido a ser parte de la estructura social. Estas observaciones, hechas por estudiosos de la conducta de los Estados, conducen a la conclusión de la resistencia al cambio. Y, sin embargo, los cambios sobrevienen a pesar de las resistencias. ¿Por qué? Porque hay que responder a las demandas de la comunidad en un momento histórico, más que a un grupo de intereses. Los objetivos del bienestar colectivo no coinciden con las políticas tradicionales que promueven la protección de intereses grupales.

El moderno Estado de bienestar (*welfare state*) no pretende obstaculizar los cambios, sino suavizarlos. Amortigua el golpe del cambio ayudando a quienes resultan afectados para que se ajusten a la nueva situación. Abundan los estrategias de la defensa contra las indeseadas influencias externas. Escasean los técnicos de la integración para la sociedad mundial. Los intereses nacionales y los intereses de grupos de presión privan sobre los intereses de la sociedad mundial. Las políticas de prioridades se establecen en vistas del interés nacional y no del bien público internacional. El concepto de interés nacional —tomado de una época en que los Estados estaban relativamente aislados— debiera tirarse por la borda como un trasto viejo. En el interés internacional se conservan y se supe-

ran, en la medida de lo justo, los intereses nacionales. El bien público internacional no puede admitir intereses espurios y carreras armamentistas cobijadas bajo la vieja expresión de “intereses nacionales”. Las autoridades estatales definen los intereses nacionales por lo que creen, o les conviene creer en un momento determinado, que son las necesidades básicas de su país, prescindiendo de los demás países. ¿Cabe mayor egoísmo?

Es preciso arribar a valores universales. Acaso desde esta más alta perspectiva quepa establecer un concepto más útil y justo de interés nacional. Quiérese indicar la conveniencia de ver los intereses nacionales en el contexto de la sociedad mundial. Esta nueva óptica de las relaciones internacionales evitaría fracasos catastróficos de muchas políticas nacionalistas e imperialistas. Los valores que finalmente controlan el comportamiento universal impedirían —si se acataran— los aut fracasos de las políticas “chauvinistas”.

Estamos acostumbrados a oír dramáticas aseveraciones en torno a los judíos, a la CIA, a las discriminaciones raciales como causa de todos los problemas. Describir un grupo de presión o de poder no es determinar el grado de influencia en la sociedad mundial. En la compleja toma de decisiones, los grupos de interés son tan sólo uno de los elementos. El análisis de los intereses es, no obstante, de particular relevancia en un estudio sobre el proceso integrativo.

Ante todo, habría que hacer notar que los grupos de intereses no son siempre, y acaso primariamente, nacionales. Las presiones sobre las autoridades para preservar políticas de cooperación e integración están basadas en intereses comerciales, religiosos, científicos, financieros y culturales. Las decisiones formales en materia de interés internacional son tomadas aún, en este siglo xx, por las autoridades estatales. Obsérvese lo que pasa en la UNESCO, en el Fondo Monetario Internacional, en el GATT, en la OEA o en la Organización mundial de la Salud. Las autoridades estatales son los medios de formal expresión de las necesidades y objetivos perseguidos en la ancha sociedad mundial. Parece como si estuviesen determinando las políticas nacionales. En rigor, lo que hacen es discutir y establecer los intereses comunes a los grupos sociales y a la sociedad mundial. No escasean los intereses nacionales —protectores y defensivos— que las autoridades estatales deslizan en las tomas de decisiones de los organismos internacionales. El modelo de intercambio social y de toma de decisiones en las relaciones in-



ternacionales, es inadecuado y anacrónico para una era de la sociedad mundial.

### 11. *Potencias interactivas en la sociedad mundial*

Jacob Burckhardt ve emerger los cuadros históricos desde las figuras múltiples que se forjan por la interacción de tres potencias: el Estado, la religión y la cultura. “*Die drei Potenzen sind unter sich höchst heterogen und nicht koordinierbar, und liesse man auch die beiden stabilen: Staat und Religion, in einer Reihe gehen, so wäre doch die Kultur etwas wesentlich anderes.*”<sup>150</sup> Permítaseme traducir: “Las tres potencias son entre sí altamente heterogéneas y no están coordinadas, y dejan siempre estabilizadas a ambas: Estado y religión, en dirección hacia un orden, no obstante que la cultura sea algo esencialmente diverso.” En la meditación de Burckhardt hay tiempos predominantemente políticos y tiempos predominantemente religiosos. Los aspectos materiales y los aspectos espirituales yacen en la vida humana espontánea que deviene, por íntima necesidad, vida social, técnica, arte, ciencia, poesía. . . Estas potencias o partículas de la sociedad mundial históricamente considerada —digámoslo por nuestra parte— son resultantes de las dimensiones del hombre —dimensión política, dimensión religiosa, dimensión cultural— que se implican y complican en la vida social.

El desarrollo de las instituciones sociales incluye una interacción entre la expresión de los valores y su control. La supresión de grupos sociales y la denegación de la participación política y de la igualdad de oportunidades, es posible tan sólo en un tiempo relativamente breve y dentro de particulares circunstancias. La predicción de la conducta política internacional, en determinadas circunstancias, puede hacerse para un próximo futuro, a base de probabilidades estadísticas. El conflicto entre valores humanos y normas institucionales no siempre se resuelve rápidamente en favor de los valores humanos. Los intereses creados y la resistencia al cambio, aunque sea para bien, dificultan la realización de los valores humanos en la sociedad mundial. Educación, comunicaciones, expectativas crecientes en la participación de las decisiones políticas, el Estado de bienestar colectivo han ayudado a traer los valores a la superficie de la vida internacional.

La política mundial no puede explicarse sin valores. Y los valores

<sup>150</sup> Burckhardt, Jacob, *Weltgeschichtliche Betrachtungen*, Berlin, Ullstein Bücher, 1960, pp. 41 y 42.

no son un subproducto del poder. Es el poder el que tiene que justificarse ante los valores, aunque los intereses de los Estados hegemónicos traten de ocultarlo. Los Estados débiles no están condenados a estar sujetos, por siempre, a los intereses de las superpotencias. La mayoría de los politólogos apenas empieza a explicar el significado de los valores en la estructura de la sociedad mundial. La pretendida neutralidad axiológica de la ciencia política ha sido superada. Se comienza a comprender que el estudio de la política internacional no puede reducirse a historia, a organización funcional, sino que debe penetrar en el estudio de la conducta humana —individuos y grupos— iluminada axiológicamente. Las fuentes de conflicto, las hipótesis, los remedios y las mediaciones envuelven valores y no se comprenden sin ellos. Valores objetivos —no subjetivos, como cree John W. Burton— que no son cambiantes ni manipulables. Una cosa es que los valores se descubran y se profundicen en la historia y otra —muy diferente— es que sean mutables e históricos. La conformidad de ciertos grupos con ciertas normas preconcebidas de conducta no siempre es conformidad con los verdaderos valores de la cultura universal. Sólo los valores de la cultura universal pueden ofrecer una base para que las partes en conflicto se puedan identificar dentro de la sociedad mundial. Los procesos de las tomas de decisión, las estructuras internas de las instituciones, las motivaciones y las respuestas deben ser evaluadas y no simplemente descritas. No es la simple información de las diversas percepciones de los grupos en conflicto la que va a resolver el problema, sino la justicia internacional vivificada por el amor. No puede haber paz y seguridad sin justicia y amor. “*Die Religionen sind der Ausdruck des ewigen und unzerstörbaren metaphysischen Bedürfnisses der Menschennatur*”,<sup>151</sup> apunta lúcida-mente Burckhardt. Traduzcamos una vez más: “La religión es la expresión de la eterna e indestructible necesidad metafísica de la naturaleza humana.” ¿Cómo ignorarla en un estudio de la sociedad mundial? “*Kultur nennen wir die ganze Summe derjenigen Entwicklungen des Geistes, welche spontan geschehen und keine universale oder Zwangsgeltung in Anspruch nehmen*.”<sup>152</sup> Cultura llamamos nosotros —afirma Jacob Burckhardt— a la suma total de cada uno de los desarrollos del espíritu, por espontáneos que acaezcan y sin universalidad, pero en valiosa aprehensión compelida.” El empleo de los bienes culturales puede ser, para la sociedad mun-

<sup>151</sup> Burckhardt, Jacob, *ibid*, p. 49.

<sup>152</sup> Burckhardt, Jacob, *ibid*, p. 61.

dial, constructivo o destructivo. Más que los Estados, sujetos casi siempre a sus intereses nacionales, es la religión la que puede contribuir más a la edificación de una sociedad mundial regida por los principios de la justicia y de la caridad.

La vida social depende, para su cabal desarrollo, de la realización de la justicia, en la totalidad de sus aspectos, y de la práctica de la caridad. Los deberes hacia nuestros semejantes no se agotan en las relaciones de justicia. Pero la caridad, que complementa la justicia, no dispensa las obligaciones de esta última.

## 12. *Desarrollo solidario de la sociedad mundial*

En tono pesimista, John W. Burton apunta que la sustancia de la política internacional es el conflicto y su ajuste entre grupos de personas que no conocen una autoridad suprema: "*The substance of international politics and its adjustment among groups of people who acknowledge no common supreme authority.*"<sup>153</sup> Consecuente con esta sombría y reducida visión de la política internacional, el profesor inglés en University College London asevera que uno de los propósitos conscientes del estudio de la sociedad mundial es analizar, comprender y encontrar esperanzadamente los medios de resolver el conflicto. Yo me pregunto cómo es posible que el catedrático londinense se olvide del problema de la justicia y del orden en una sociedad mundial en desarrollo. El genio de Leibniz había advertido el papel innovador de la justicia distributiva y el papel conservador de la justicia conmutativa. En medio de la conservación de las cosas establecidas surge la esperanza de un bien mayor. La equivalencia en el cambio salvaguarda lo adquirido y recompensa el esfuerzo individual. La equitativa redistribución de los recursos moviliza la sociedad mundial hacia un porvenir más justo.

Dos terceras partes de la humanidad padecen hambre. Una tercera parte usufructúa el provecho de la técnica traducido en una vida opulenta. Europa, Norteamérica y Canadá, adornados con el nombre de cristianos cierran, con frecuencia, el camino de la esperanza y hasta de la supervivencia a los pueblos subdesarrollados. ¿Cómo pueden unirse las inteligencias y los corazones en una paz caricaturesca, montada sobre un inmenso arsenal de armas? ¿Cómo pueden vivir tranquilos esos islotes de opulencia mientras

<sup>153</sup> Burton, John W., *op. cit.*, *supra* nota 102, p. 137.

mueren de hambre, o apenas comen, hombres que suman las dos terceras partes del planeta habitado?

Empecemos por la realización del valor justicia —que los “científicos” de la política olvidan casi siempre— y tendremos verdadera paz. Una paz que emerge de los espíritus y que conduce al desarrollo solidario de la sociedad mundial.

El hombre amenazado por el hambre tiene derecho de tomar lo que sea necesario para no morir, aun contra la voluntad del propietario. La doctrina conciliar nos recuerda las palabras de los Padres: “Da de comer al que muere de hambre, pues si tú no le has dado de comer, tú lo has matado.”<sup>154</sup> Estamos ante un caso de justicia, no de caridad. Vale la pena recordar unas palabras aleccionadoras de Santo Tomás de Aquino: “Lo que está en sobreabundancia en manos de algunos es debido por Derecho Natural a la sustentación de los pobres.”<sup>155</sup> Como los pobres son innumerables, el discernimiento judicial de los ricos deberá cumplir con el imperativo de justicia. Cayetano comenta: “El que tiene algo superfluo y no quiere atribuirlo espontáneamente a los indigentes puede ser constreñido por el príncipe para hacerlo.”<sup>156</sup> Nunca los derechos humanos pueden derogar el Derecho Natural. Los bienes de la tierra están destinados a subvenir a las necesidades de los hombres todos y no sólo de los ricos. La división y apropiación de los bienes —simplemente humana— no puede vulnerar la norma primaria de Derecho Natural. Los economistas liberales y neoliberales no advierten que la justicia es algo más que el *do ut des*. La justicia distributiva es inmensamente más amplia que la justicia conmutativa. Las categorías de lo “tuyo” y lo “mío” sólo adquieren su cabal iluminación subordinándose a la categoría de lo “nuestro”. Los países subdesarrollados tienen derecho de tomar parte en el desarrollo solidario de todos los países. El más fuerte tiene el deber de ayudar al más débil. Este deber de solidaridad humana no es mera ayuda caritativa sino débito de justicia.

Establecer polos de desarrollo en los países subdesarrollados vale más que verter sobre ellos el exceso de riqueza de los países opulentos. No basta consentir un contrato para que sea justo. La irrestricta competencia —aparentemente libre— lleva a la “dictadura económica”. A la independencia política hay que añadir el crecimiento autónomo y digno en materia económica, que el colonia-

<sup>154</sup> Iglesia católica, *Gaudium et spes*, núm. 69, 1.

<sup>155</sup> Santo Tomás, *Summa Theologica, secunda secundae*, q. 66, a. 7.

<sup>156</sup> Cayetano, “Comentario” de la *Summa Theologica*, cuestión 118, artículo 4.

lismo y el neocolonialismo obstaculizan. El plan de desarrollo para la sociedad mundial sólo puede llevarse a cabo con serias mutaciones en el seno de la economía de los países opulentos. El desarrollo de los subdesarrollados no puede quedar al margen de los espacios económicos que controlan las superpotencias. La participación de *todos* en el desarrollo de *todos* es el desarrollo solidario exigido por la sociedad mundial.

### 13. *Hacia una nueva política del amor en la sociedad mundial*

Los relativistas piensan que la realidad es aquello que creemos que es. Trasladado este criterio a la materia que nos ocupa, la sociedad mundial sería lo que creyésemos que fuese. Pero evidentemente esta posición conduce al escepticismo, y el escepticismo resulta insostenible.

Nuestros prejuicios y nuestras falsas percepciones tienden, por muchas razones religiosas, psicológicas y biológicas, a ser malignos y no benignos, a presumir lo peor de los otros, y a constituirnos en defensores de nuestros parientes y amigos. El intercambio social conduce a una diferenciación del poder, estableciendo respuestas defensivas y agresivas entre diferentes grupos nacionales, sin organización social alguna, o prescindiendo de las existentes. Los mecanismos de defensa aparecen para confirmar el intento agresivo de los otros. La escalada de la defensa —por no decir de la violencia— lleva finalmente a la inseguridad de todos.

Puesto que los grupos y las naciones se han mostrado incapaces de mantener la paz y la seguridad, ¿por qué no pensar en transferir la responsabilidad por la paz y la seguridad en la sociedad mundial a un organismo supernacional? La idea no es desechable, pero resulta impracticable, por ahora, en un mundo de Estados independientes y nucleares, con bombas atómicas. ¿Cómo coaccionar a las personas para que adopten conductas que les parecen inaceptables? Ante todo, habría que socializar la paz y la seguridad por vías de convencimiento y no de coerción. Lo que tenemos que hacer es contemplar la sociedad mundial con ojos serenos y realistas de filósofos comprometidos con la verdad. En nuestro auxilio pueden venir varias disciplinas: derecho, economía, sociología, psicología, estadística... Imposible desconocer los valores, las motivaciones y la conducta humana en la sociedad mundial. Es menester ir más allá de la diferenciación del poder, de las percepciones de hostilidad y de las respuestas defensivas que han manejado la po-

lítica internacional de viejo cuño. La política de poder parte del presupuesto que la naturaleza humana es agresiva y afanosa de poder. Con este presupuesto y con Estados poderosos y débiles, es natural que los últimos reaccionen contra los primeros y que la sociedad mundial sea concebida en términos exclusivos de poder político.

*No hemos ensayado en serio, hasta ahora, una política internacional del amor y no del temor, una política internacional sin enemigos.* Lo poco que hemos visto en la práctica, en este sentido, ha resultado mucho mejor que las dos últimas conflagraciones mundiales. Mahatma Gandhi logró en África y en India resultados mucho mejores y más duraderos que los resultados de la política internacional de Napoleón y de Hitler.

No podemos limitarnos a contemplar la sociedad mundial en términos defensivos. La política de poder tiene que ser sustituida por la política de cooperación. Abundan los estudios sobre la paz y la guerra, sobre el desarme mundial y el equilibrio del poder. Escasean los estudios —a escala comparativa— sobre el aspecto integrativo de la sociedad mundial. En grupos grandes o pequeños, las personas valorizan su independencia, su bienestar —productos y servicios—, su dignidad. Independencia no significa aislamiento. Bienestar no quiere decir lujo o desperdicio. Dignidad no es lo mismo que soberbia nacional o “chauvinismo”. Las gentes de todos los grupos en la sociedad mundial anhelan una independencia que signifique libertad de coerción, oportunidades para el desarrollo. Ningún Estado es autosuficiente. Las ventajas de la especialización y del intercambio de bienes, servicios y tecnologías, posibilitan el incremento de la productividad y del poder adquisitivo. Todas las personas quieren tener la oportunidad de escoger entre una vida industrial o agrícola, manual o intelectual. Las posibilidades para la cooperación y la interdependencia no anulan la genuina independencia grupal, nacional e individual. El intercambio social no tiene por qué conducir necesariamente a la diferenciación del poder y al conflicto.

Muchos Estados pequeños y débiles han mostrado su inequívoca voluntad de no ser controlados en sus políticas internas y externas. En nuestros días se habla de Estados no alineados. Lo que importa destacar es la voluntad de permanecer libres de coacción, de explotación y de dominación. Libres para interdepender y cooperar internacionalmente. Libres para una integración que

traiga consigo logros culturales e incrementos de bienestar material.

La integración no resuelve los problemas políticos y económicos del desarrollo, pero extiende las posibilidades del desarrollo material y espiritual. Antes de la integración con los otros, tiene que darse el desarrollo político, la habilidad para cambiar objetivos y para adaptarse a circunstancias cambiantes que no deben alterar la estabilidad y la continuidad administrativa. Cuando se habla de integración se tiende a pensar en un mundo homogeneizado, con una organización mundial de gentes que comparten los mismos valores y las mismas ideologías. La imagen resulta falsa. No vivimos —y probablemente nunca viviremos— en un mundo homogeneizado. Podemos observar, eso sí, una creciente demanda para participar en decisiones políticas que determinen prioridades, para obtener servicios educativos generalizados, para vivir libres de la miseria, del hambre, de las enfermedades endémicas y de la guerra. Estas amenazas no respetan fronteras nacionales. Las unidades políticas independientes encuentran posible cooperar con los otros. Las instituciones funcionales constituyen una fundada esperanza de resolver las relaciones de poder. La integración, a pesar de nosotros mismos, se va abriendo paso. La crisis de autoridad no se llena con administración. Hoy, como ayer y como siempre, la autoridad es insuplible. Lo que requerimos es una autoridad que no actúe convenencieramente en interés de minorías o de mayorías —y mucho menos en interés propio—, sino del bien público de la sociedad mundial. Cuando una autoridad esté percatada de lo que es el bien público internacional, actúe en consecuencia y tenga carisma, suscitará natural acatamiento.